

Voltaire

Cándido y otros cuentos

Traducción, epílogo y notas
de Guillermo Graíño Ferrer



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Títulos originales: *Memnon, ou la sagesse humaine* (1749); *Micromégas* (1752); *Voyages de Scarmentado* (1756); *Candide, ou l'optimisme* (1759); *L'Homme aux quarante écus* (1768)

Primera edición: 2013
Quinta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del epílogo, la traducción y las notas: Guillermo Graíño Ferrer, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7548-0
Depósito legal: M. 7.896-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Memnón o la sabiduría humana
- 17 Micromegas
- 42 Historia de los viajes de Escarmentado
- 52 Cándido o el optimismo
- 170 El hombre de los cuarenta escudos

- 247 Epílogo, por Guillermo Graíño Ferrer

- 269 Notas

Memnón o la sabiduría humana

Un buen día, Memnón concibió el insensato proyecto de ser perfectamente cuerdo. Apenas existen hombres a quienes semejante delirio no se les haya pasado alguna vez por la cabeza. Díjose Memnón: «Para ser muy cuerdo y, por consiguiente, muy feliz, no hay más que renunciar a las pasiones; y, como sabemos, nada más fácil. En primer lugar, no amaré nunca a ninguna mujer puesto que, cuando contemple una perfecta belleza, me diré a mí mismo: “esas mismas mejillas se arrugarán algún día; el contorno de esos hermosos ojos se volverá rojizo; ese redondo pecho se tornará plano y colgante; esa bella cabeza terminará calva”. Me bastará con mirarla ahora con los mismos ojos con los que la veré entonces para que, a buen seguro, esa cabeza suya no haga que yo pierda la mía. En segundo lugar, estaré siempre sobrio por más que me tienten la buena mesa, los caldos deliciosos y los placeres sociales; para ello me bastará con figurarme lo

que sigue a los excesos: la cabeza pesada, el estómago empachado, la razón, la salud y el tiempo perdidos; comeré, pues, sólo lo necesario, mi salud permanecerá idéntica, mis ideas serán en todo momento puras y luminosas. Todo esto es tan fácil que no hay mérito alguno en conseguirlo.

»Después –se decía Memnón– debo pensar un poco en mi fortuna: mis deseos son moderados, mi patrimonio está a buen recaudo en manos del tesorero general de Nínive; tengo con lo que vivir independientemente, lo cual es el mayor de los bienes. Nunca me veré en la cruel necesidad de lisonjear; no envidiaré a nadie y nadie me envidiará a mí. También esto es muy fácil. Tengo amigos –continuaba–, y los conservaré, ya que no tendrán nada que disputarme. Nunca estaré de mal humor con ellos, ni ellos conmigo. Tampoco esto reviste dificultad alguna.»

Habiendo trazado así, en su cuarto, su pequeño plan de cordura, se asomó Memnón a la ventana, y vio a dos mujeres que paseaban bajo unos plátanos que había frente a su casa. Una era vieja y parecía no pensar en nada. La otra era joven, bella, y parecía muy afligida. Suspiraba y lloraba, lo cual aumentaba todavía más sus encantos. Nuestro sabio quedó conmovido, no sólo por la belleza de la dama (estaba bien seguro de no ser susceptible a una tal debilidad), sino por la congoja que padecía. Bajó y abordó a la joven ninivita con objeto de consolarla haciendo uso de su cordura. Esta bella joven le contó con la expresión más ingenua y conmovedora los muchos males que le hacía padecer un tío que no tenía en absoluto, los artificios con los que le había afanado un bien que nunca tuvo, y hasta qué punto debía temer su brutalidad. «Me

parecéis un hombre de tan prudente consejo –dijo ella–, que si tuvieseis a bien venir hasta mi casa y examinar mis asuntos, de seguro me sacaríais del cruel apuro en que me hallo.» Memnón no dudó en seguirla para examinar con sensatez sus asuntos y darle buen aviso.

La afligida dama le llevó a una alcoba perfumada y le hizo sentarse amablemente con ella en un gran sofá donde estaban el uno frente al otro, ambos con las piernas cruzadas. La dama le hablaba bajando los ojos, de los que, de vez en vez, escapábase alguna lagrimilla y que, al levantarse, siempre encontraban la mirada del sensato Memnón. Sus palabras estaban llenas de una ternura que no hacía sino aumentar cada vez que se miraban. Memnón se tomaba sus asuntos muy a pecho y se sentía cada vez más inclinado a ayudar a una persona tan honesta y desdichada. En el calor de la conversación, sin apercibirse de ello, dejaron de estar frente a frente. Sus piernas ya no estaban cruzadas. Los consejos de Memnón eran tan próximos, y tan tiernos eran sus pareceres, que ni el uno ni el otro podían ya hablar de sus asuntos, ni acaso saber dónde estaban.

De esta guisa se encontraban cuando, tal y como era de suponer, llegó el tío armado de pies a cabeza; la primera cosa que dijo, lógicamente, es que iba a matar al sensato Memnón y a su sobrina, y la última, que estaría dispuesto a perdonarles a cambio de mucho dinero. Memnón se vio obligado a dar todo cuanto llevaba. Por aquel entonces, uno podía sentirse afortunado de escapar por tan poco. Todavía no se había descubierto América y las damas afligidas no eran, ni de lejos, tan peligrosas como lo son hoy.

Memnón volvió a casa avergonzado y desesperado, y allí se encontró una nota en la que se le convidaba a cenar con algunos amigos íntimos. «Si me quedo solo en casa –se dijo–, andaré dando vueltas a mi triste aventura, no comeré nada y caeré enfermo. Más me vale disfrutar de una frugal comida con mis amigos íntimos. En la miel de su compañía olvidaré la estupidez que he cometido esta mañana.» Acudió a la cita, donde lo encontraron un poco mustio, así que le hicieron beber para disipar su tristeza. Un poco de vino tomado con moderación tonifica cuerpo y mente. Así lo piensa el sabio Memnón, y se emborracha. Después de la comida le proponen jugar. Un juego reglado entre amigos es un pasatiempo honesto. Juega; le ganan todo lo que tenía en su bolsa y cuatro veces más fiados en su palabra. Surge una disputa sobre el juego; se calientan; uno de sus amigos íntimos le tira a la cabeza un cubilete y le revienta el ojo. Se llevan de vuelta a casa al sensato Memnón borracho, sin dinero y con un ojo menos.

Duerme un poco la mona y, con la cabeza algo más despejada, envía a su sirviente a buscar dinero a casa del tesorero general de Nínive para pagar a sus íntimos amigos; le dicen que, esa misma mañana, su deudor ha suspendido pagos defraudando a cien familias. Indignado, Memnón se dirige a la corte, parche en ojo y demanda en mano, a pedir justicia al rey contra el estafador. Se encuentra en un salón con varias damas que portaban todas sin dificultad tontillos de veinticuatro pies de circunferencia. Una de ellas, que le conocía un poco, dijo mirando de reojo: «¡Ay, qué horror!». Otra, que le conocía un poco más, le dijo: «Buenas tardes, señor Memnón,

sinceramente me alegro mucho de veros. Por cierto, ¿cómo es que habéis perdido un ojo?», y siguió adelante sin esperar respuesta. Memnón se escondió en un rincón a esperar el momento de arrojarse a los pies del monarca. Cuando llega ese momento, Memnón besa tres veces el suelo y le presenta su demanda. Su graciosa majestad la recibe muy favorablemente y pasa el memorial a uno de sus sátrapas para que dé cuenta de él. El sátrapa hace un aparte con Memnón y le dice con aire altivo y tono ácidamente burlón: «Os tengo por un simpático tuerto al haberos dirigido al rey antes que a mí, y todavía más simpático me parecéis por pedir justicia contra un hombre honesto arruinado a quien honro con mi protección, pues es sobrino de una doncella de mi querida. Abandonad este asunto, amigo mío, si es que queréis conservar el ojo que os queda».

Así pues, habiendo renunciado Memnón de mañana a las mujeres, a los excesos de la mesa, al juego, a toda disputa y, sobre todo, a la corte, antes de que cayese la noche había sido engañado y robado por una bella dama, se había emborrachado, había jugado, había tenido una pelea, le habían reventado un ojo y había estado en la corte, donde se habían burlado de él.

Petrificado de asombro y transido de dolor, regresa con el corazón roto. Quiere entrar en su casa, pero se encuentra con que unos alguaciles se le están llevando los muebles de cuenta de sus acreedores. Queda casi desvanecido debajo de un plátano y se encuentra a la bella dama paseando con su querido tío; viendo a Memnón con su parche, suelta una carcajada. Cae la noche y Memnón se acuesta sobre un montón de paja junto al muro de

su casa. La fiebre se apodera de él; queda dormido en el acceso y un espíritu celestial se le aparece en sueños.

Todo resplandeciente de luz, el espíritu tenía seis hermosas alas pero no tenía ni pies ni cabeza ni cola, y no se parecía a nada conocido.

–¿Quién eres? –le preguntó Memnón.

–Tu espíritu protector –respondió el otro.

–Devuélveme, pues, mi ojo, mi salud, mi hacienda y mi cordura –le dijo Memnón.

A continuación pasó a contarle cómo había perdido todo eso en un solo día.

–Ésas son calamidades que nunca ocurren en nuestro mundo –le dijo el espíritu.

–¿Y qué mundo es el vuestro? –le preguntó el pobre hombre.

–Mi patria –respondió aquél– está a quinientos millones de leguas del sol, en una pequeña estrella cercana a Sirio que puedes ver desde aquí.

–Oh, qué bello lugar –le dijo Memnón–. ¿De verdad no tenéis entre vosotros bribonas que engañen a un pobre hombre, amigos íntimos que te ganen el dinero y te revienten un ojo, estafadores, sátrapas que se burlen de uno y le nieguen justicia?

–No –respondió el habitante de la estrella–, nada de eso. No nos engañan las mujeres porque no las tenemos; no nos excedemos en la mesa porque no comemos; no tenemos estafadores porque no tenemos oro ni plata; no nos pueden sacar los ojos, pues no tenemos cuerpo a vuestra manera; y los sátrapas no cometen con nosotros injusticia alguna porque, en nuestra pequeña estrella, todo el mundo es igual.

Dijo entonces Memnón:

–Monseñor, sin mujeres ni cenas, ¿en qué empleáis el tiempo?

–En velar –respondió el genio– por los otros mundos que nos han sido encomendados, y aquí vengo, pues, a traerte consuelo.

–¡Vaya hombre! –replicó Memnón–, ¿y no pudisteis venir anoche a impedirme cometer tantos disparates?

–Estaba junto a Assán, tu hermano mayor –dijo el ser celeste–. Es más digno de compasión que tú. Su Graciosa majestad, el rey de las Indias, en cuya corte tiene el honor de hallarse, ha hecho que le saquen los ojos por haber cometido una pequeña indiscreción, y ahora se encuentra en un calabozo, atado de pies y manos con grilletes.

–¡Pues sí que nos sirve de mucho tener un genio en la familia! –dijo entonces Memnón–. ¡De dos hermanos, uno está tuerto y el otro ciego, uno duerme sobre paja y el otro en prisión!

–Tu suerte cambiará –prosiguió el animal estelar–. Es cierto que siempre estarás tuerto, pero, al margen de eso, serás bastante feliz mientras no emprendas el necio proyecto de ser perfectamente cuerdo.

–Entonces, ¿es esto algo imposible de alcanzar? –se lamentó Memnón con un suspiro.

–Tan imposible –replicó el otro– como ser perfectamente capaz, perfectamente fuerte, perfectamente poderoso, perfectamente feliz. Nosotros mismos estamos lejos de serlo. Existe un planeta donde se encuentra todo eso, pero en los cien mil millones de mundos repartidos por el espacio, todo se sigue gradualmente. Hay menos

cordura y placer en el segundo que en el primero, y menos en el tercero que en el segundo, y así con el resto hasta el último, en el que todo el mundo está completamente loco.

–Mucho me temo –dijo Memnón– que nuestro pequeño globo terráqueo sea precisamente esa casa de locos de la que hacéis el honor de hablarme.

–No del todo –repuso el espíritu–, pero se le acerca: todo debe estar en su sitio.

–¡Vaya! –dijo Memnón–. ¿Entonces se equivocan ciertos poetas y filósofos al decir que *todo está bien*?

–Tienen mucha razón en ello –dijo el filósofo de ahí arriba–, si consideramos el universo en su conjunto.

–Ah, pues yo no los creeré –replicó el pobre Memnón– hasta que deje de ser tuerto.

Micromegas

Historia filosófica

Primer capítulo. Viaje de un habitante del mundo de la estrella Sirio al planeta de Saturno

Había en uno de los planetas que giran alrededor de la estrella llamada Sirio un joven de gran ingenio a quien tuve el honor de conocer en su último viaje a nuestro pequeño hormiguero; se llamaba Micromegas, nombre que mucho conviene a los grandes. Medía ocho leguas, es decir, veinticuatro mil pasos geométricos de cinco pies cada uno.

Algunos algebristas, gentes siempre útiles al público, tomarán la pluma al instante para concluir que, puesto que el señor Micromegas, habitante del país de Sirio, mide de los pies a la cabeza veinticuatro mil pasos, lo cual equivale a ciento veinticinco mil pies de rey, y que nosotros, ciudadanos de la Tierra, apenas llegamos a los cinco pies, y nuestro globo tiene un contorno de nueve

mil leguas, concluirán, digo, que es absolutamente necesario que el globo que lo ha producido tenga exactamente veintiún millones seiscientas mil veces más de circunferencia que nuestra pequeña Tierra. Nada más simple y normal en la naturaleza. Los Estados de algunos soberanos de Alemania o Italia, los cuales pueden ser recorridos en media hora, comparados con el imperio de Turquía, de Moscovia o de China, no son más que una muy débil imagen de las prodigiosas diferencias que la naturaleza ha puesto en todos los seres.

Siendo tal la talla de su Excelencia, todos nuestros escultores y nuestros pintores convendrán sin esfuerzo en que su cintura puede tener un contorno de cincuenta mil pies de rey, lo cual hace una bonita proporción.

En cuanto a su entendimiento, es uno de los más cultivados que tenemos; sabe muchas cosas y ha inventado otras tantas: no llegaba todavía a los doscientos cincuenta años y estudiaba, según la costumbre, en el colegio de los jesuitas de su planeta, cuando adivinó, con su sola inteligencia, más de cincuenta proposiciones de Euclides, dieciocho más que Blaise Pascal, quien, después de haber adivinado treinta y dos sólo para pasar el rato, a decir de su hermana, devino un geómetra bastante mediocre y un pésimo metafísico¹. Al salir de la infancia, hacia los cuatrocientos cincuenta años, disecó muchos de esos pequeños insectos que no llegan a cien pies de diámetro y que se escapan a los microscopios ordinarios; compuso sobre ello un curiosísimo libro que, sin embargo, le acarreó algunos problemas. El muftí de su país, muy puntilloso y harto ignorante, encontró en su libro proposiciones sospechosas, malsonantes, temerarias y heréti-

cas o en las que se adivinaba la herejía, y lo persiguió con empeño; se trataba de saber si la forma substancial de las pulgas de Sirio era de la misma naturaleza que la de los caracoles². Micromegas se defendió ingeniosamente y puso a las mujeres de su lado; el proceso duró doscientos veinte años. Finalmente, el muftí hizo que condenaran el libro jurisconsultos que ni lo habían leído, y el autor recibió la orden de no aparecer por la corte en ochocientos años.

No le afligió gran cosa ser proscrito de una corte en la que no había sino enredos y menudencias. Compuso una canción muy divertida contra el muftí, de la cual éste apenas tuvo cuidado, y se puso a viajar de planeta en planeta para, como suele decirse, perfeccionar espíritu y corazón. Sin duda, aquellos que sólo viajan en silla de posta o en coche de caballos se verán sorprendidos por los carruajes de ahí arriba, pues nosotros, en nuestro pequeño montón de lodo, no concebimos nada fuera de nuestros usos. Nuestro viajero conocía de maravilla las leyes de la gravitación y todas las fuerzas de atracción y repulsión. Hacía uso de ellas con tanto tino que, ora con la ayuda de un rayo de sol, ora en la comodidad de un cometa, él y los suyos viajaban de planeta en planeta cual pájaro revoloteando de rama en rama. Recorrió la Vía Láctea en poco tiempo, y estoy obligado a confesar que jamás vio, entre las estrellas de las que está sembrada, aquel bello cielo empíreo que el ilustre vicario Derham alardea de haber visto al otro lado de su catalejo. No es que yo pretenda que el señor Derham haya visto mal, ¡Dios me libre!, mas Micromegas estuvo ahí mismo y es buen observador, así que no quiero contradecir a nadie.

Micromegas, tras dar una buena vuelta, llegó al globo de Saturno. Incluso acostumbrado como estaba a ver cosas novedosas, al principio, viendo la pequeñez del planeta y de sus habitantes, no pudo evitar esa sonrisa de superioridad que a veces se escapa a los más sabios. Porque, al fin y al cabo, Saturno es apenas novecientas veces mayor que la Tierra, y sus ciudadanos son enanos de no más de mil toesas de alto aproximadamente. En un primer momento se burló un poco de ellos, más o menos como el músico italiano se ríe de la música de Lulli³ cuando viene a Francia; pero como el siriano tenía buen espíritu, pronto comprendió que un ser pensante puede no ser ridículo, aun sin llegar a los seis mil pies de altura. Se familiarizó con los saturnianos tras haber causado su asombro. Trabó estrecha amistad con el secretario de la Academia de Saturno⁴, hombre de gran ingenio que en verdad no había inventado nada, pero que daba buena cuenta de los inventos de otros, y que, pasablemente, componía pequeños versos y hacía grandes cálculos. Para satisfacción de los lectores, paso ahora a referir una singular conversación que un buen día tuvo Micromegas con el señor secretario.

Segundo capítulo. Conversación del habitante de Sirio con el de Saturno

Después de que Su Excelencia se hubiese acostado y de que el secretario se acercase a su rostro, dijo Micromegas:

—Debe reconocerse que la naturaleza es bien variopinta.

–Sí –dijo el saturniano–, la naturaleza es como un parterre en el que las flores...

–¡Eh! –dijo el otro–, dejad ahí vuestro parterre...

–Es –continuó el secretario– como una asamblea de rubias y morenas cuyos ornatos...

–¡Psss!, ¿y qué me importan a mí vuestras morenas? –dijo el otro.

–Pues entonces es como una galería de pinturas cuyos trazos...

–¡Que no! –dijo el viajero–, os repito que la naturaleza es como la naturaleza. ¿Para qué buscarle comparaciones?

–Para agradaros –respondió el secretario.

–No quiero que me agraden –responde el viajero–, sino que me instruyan; empezad primero diciéndome cuántos sentidos tienen los hombres de vuestro globo.

–Tenemos setenta y dos –dijo el académico–, y todos los días lamentamos que sean tan pocos. Nuestra imaginación va por delante de nuestras necesidades; encontramos que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro anillo y nuestras cinco lunas estamos demasiado limitados; y, pese a toda nuestra curiosidad y a las bastantes pasiones que resultan de nuestros setenta y dos sentidos, nos sobra tiempo para aburrirnos.

–Bien lo creo –dijo Micromegas–, pues en nuestro globo poseemos cerca de mil sentidos y todavía nos queda un cierto deseo vago, una cierta inquietud que nos advierte sin cesar que somos poca cosa y que hay seres mucho más perfectos que nosotros. He viajado un poco; he visto mortales muy inferiores a nosotros; los he visto muy superiores; pero no he visto ningunos que no tuviesen más deseos que verdaderas necesidades, ni más ne-

cesidades que satisfacciones. Algún día quizá llegue al país donde nada falte, pero, hasta el momento, nadie me ha dado noticia positiva de un tal país.

El saturniano y el siriano se enfrascaron entonces en conjeturas, mas, tras muchos razonamientos harto ingeniosos y harto inciertos, se hizo necesario volver a los hechos.

—Y vosotros ¿cuánto tiempo vivís? —preguntó el siriano.

—¡Ay!, bien poco —replicó el hombrecillo de Saturno.

—Lo mismo nos ocurre a nosotros —dijo el siriano—: nos quejamos siempre de cuán poco vivimos. Debe de ser una ley universal de la naturaleza.

—¡Vaya!, nosotros no vivimos —dijo el saturniano— más de quinientas grandes revoluciones solares (lo cual equivale a quince mil años, más o menos, según nuestra medida). Bien podéis ver que se trata de morir casi al momento de nacer; nuestra existencia es un punto, nuestra duración un instante, nuestro planeta un átomo. Apenas hemos comenzado a instruirnos un poco cuando llega la muerte, antes de que atesoremos experiencia. Por mi parte, no me atrevo a hacer proyecto alguno: me siento como una gota de agua en un inmenso océano. Estoy avergonzado, especialmente ante vos, de la ridícula figura que represento en este mundo.

—Si no fuereis filósofo —le respondió Micromegas—, temería afligiros mostrándoos que nuestra vida es setecientas veces más larga que la vuestra, mas demasiado bien sabéis que cuando hay que entregar el cuerpo a los elementos y reanimar la naturaleza bajo distinta forma, a lo cual llamamos morir, cuando llega ese momento de me-

tamorfosis, poco importa haber vivido una eternidad o un día. He estado en países donde se vive mil veces más que en el mío, para encontrar que todavía gimoteaban. Mas en todas partes hay gentes juiciosas que saben aceptar y estar agradecidas al Autor de la naturaleza. Él ha derramado sobre este universo una profusión de variedades con una cierta uniformidad admirable. Por ejemplo, todos los seres pensantes son diferentes y a todos les une el don de pensar y desear. La materia es en todo lugar extensa pero en cada planeta posee distintas propiedades. ¿Cuántas de estas propiedades contáis en vuestra materia?

—Si os referís a aquellas propiedades —dijo el saturniano— sin las cuales creemos que este globo no subsistiría tal como es, entonces contamos trescientas, tales como la extensión, la impenetrabilidad, la movilidad, la gravitación, la divisibilidad y tantas otras.

—Al parecer —replicó el viajero—, bastole al Creador en sus planes sobre vuestra pequeña morada con ese pequeño número. Admiro en todo su sabiduría; por doquier veo diferencias pero también proporciones. Vuestro planeta es pequeño, vuestros habitantes también; tenéis pocas sensaciones; vuestra materia tiene pocas propiedades: todo ello es obra de la Providencia. Si se mira atentamente, ¿de qué color es vuestro sol?

—De un blanco muy amarillento —dijo el saturniano—, y cuando contemplamos uno de sus rayos, encontramos que contiene siete colores.

—Nuestro sol es tirando a rojo —dijo el siriano—, y tenemos treinta y nueve colores primitivos. De entre los soles que he visto, no hay dos iguales, tal y como entre vosotros no hay cara que no sea distinta a las demás.

Después de otras tantas cuestiones de igual naturaleza, se informó de cuántas sustancias diferentes en esencia eran conocidas en Saturno. Supo que no había más que una treintena, tales como Dios, el espacio, la materia, los seres extensos que sienten y piensan, los seres pensantes que no tienen extensión, los penetrables, los impenetrables y demás. El siriano, en cuya morada se contaban trescientas, y en cuyos viajes había descubierto otras tres mil, asombró sobremanera al filósofo de Saturno.

Finalmente, tras haberse contado el uno al otro un poco de cuanto sabían y mucho de cuanto no sabían, tras haber estado razonando durante toda una revolución solar, resolvieron emprender juntos un pequeño viaje filosófico.

Tercer capítulo. Viaje de dos habitantes de Sirio y de Saturno

Estaban nuestros dos filósofos listos para embarcarse en la atmósfera de Saturno, portando una muy bonita provisión de instrumentos matemáticos, cuando la amante del saturniano, enterada de las noticias, vino llorosa a cubrirlo de reproches. Era una linda morenita de sólo seiscientos sesenta toesas, pero cuya pequeñez de talla era de sobra compensada por sus encantos.

—¡Ah, cruel! —exclamó—, después de haberme resistido a ti mil quinientos años, ahora que por fin comenzaba a rendirme y apenas he pasado doscientos años entre tus brazos, me dejas para irte de viaje con un gigante de otro mundo; vete, no eres más que un caprichoso y nun-

ca me amaste; si fueses un verdadero saturniano permanecerías fiel. ¿Adónde vas corriendo? ¿Qué ambiciones? Nuestras cinco lunas son menos errantes que tú y menos cambiante es nuestro anillo; ya está, jamás amaré a nadie más.

El filósofo, tan filósofo que era, la abrazó y lloró con ella; la dama, tras sufrir un vahído, marchó a consolarse con un petimetre de por ahí.

Mientras tanto, partieron nuestros dos curiosos; saltaron primero sobre el anillo encontrándolo bastante llano, como bien adivinó un ilustre habitante de nuestro pequeño globo⁵; desde allí anduvieron de luna en luna. Un cometa pasaba muy cerca de la última y se arrojaron sobre él con sus criados y sus instrumentos. Cuando hubieron hecho alrededor de ciento cincuenta millones de leguas, dieron con los satélites de Júpiter. Pasaron al propio Júpiter, y ahí se quedaron un año durante el cual aprendieron bellísimos secretos que, de no ser por los señores inquisidores, que encontraron algunas proposiciones un poco duras, hoy estarían en prensa. Mas pude leer el manuscrito en la biblioteca del ilustre arzobispo de ***, quien me dejó ver sus libros con una generosidad y una bondad que no sabría encomiar lo suficiente.

Pero volvamos a nuestros viajeros. Al salir de Júpiter, atravesaron un espacio de unas cien millones de leguas y bordearon Marte que, como es sabido, es cinco veces más pequeño que nuestro globo; contemplaron las dos lunas de que dispone este planeta, las cuales han escapado a la mirada de nuestros astrónomos. Bien sé que el padre Castel⁶ escribirá, no sin cierto ingenio, contra la existencia de las tales lunas; mas me remito a quienes ra-